

La Modelo

Desde la esquina contraria yo les observaba: ella, la modelo, estaba en el centro; su cuerpo, casi desnudo, se mostraba en todo su esplendor. Ellos, J.M. Uribe, Arturo Cebrián y Ricardo Verdaguer, la miraban intentando que los sentimientos no se reflejasen en sus ojos; los tres mantenían oculto, detrás de sus rostros inalterables, un secreto. Es posible que cada uno de ellos sospechase algo del de los otros; pero al mismo tiempo todos creían estar seguros de que el suyo no era conocido.

Les había citado allí con la disculpa de hacerles una fotografía que inmortalizara nuestra amistad, aunque el verdadero interés que me movió a convocar la reunión era otro muy distinto.

Para que el plan que había urdido surtiera efecto, era imprescindible que ella también estuviera. Ella, la modelo, tenía que ser por derecho propio el centro y el motivo principal de la reunión; y no sólo para la fotografía, sino para la propia terminación de la historia.

Yo compartía con ellos una ya larga amistad y, por casualidades no buscadas, había averiguado algunos hechos personales e íntimos de mis compañeros y amigos que ellos ignoraban en la parte que les era ajena.

A J.M. Uribe le conocía desde nuestros tiempos de adolescencia. Estudiábamos en el mismo colegio, y a ninguno de los dos nos gustaban mucho las clases de matemáticas, ni nos veíamos practicando con el *rosa-rosae* del latín, ni traduciendo *Las Catilinarias* de Cicerón; con lo que realmente disfrutábamos era con todo lo relacionado con el arte, aunque, por ese motivo, fuéramos objeto de algunas burlas entre los compañeros y de la incomprensión más absoluta entre nuestros respectivos progenitores, cuya única obsesión era que nos convirtiéramos en el futuro en unos buenos abogados o abnegados médicos. Pero nuestro espíritu rebelde no iba al compás de esos deseos paternos, y contra su voluntad nos escapábamos de clase para ver cualquier exposición de pintura que se anunciara en la ciudad; siempre que, por supuesto, la entrada fuera gratuita, dada nuestra escasa economía. Economía que había empeorado por el castigo familiar que nos habían impuesto por nuestras malas calificaciones escolares. Esta rebeldía juvenil fue lo que determinó nuestro futuro: yo, con menos habilidades manuales que Uribe, enfoqué mi vida hacia el arte fotográfico, lo que me ha permitido conseguir cierto prestigio entre los retratistas y fotógrafos profesionales, y resolver sin apuros económicos

mi vida. Por su parte, J.M. Uribe ha podido plasmar en los lienzos toda su creatividad artística, que unida a unas excepcionales cualidades pictóricas, le ha llevado a convertirse en uno de los más prestigiosos pintores de la época, reconocido en vida. Es un excelente pintor de estilo impresionista, que cincela sus cuadros con pinceladas suaves y a la vez enérgicas de colores puros, dando lugar a una visión unitaria de la atmósfera que lo rodea, consiguiendo una gradación del color de cálidos a fríos que convierte cada una de sus pinturas en una auténtica obra de arte.

Desde hacía ya más de dos años sabía de la relación que J.M. Uribe mantenía con la modelo. Lo descubrí una noche; o mejor dicho, me lo contó él una noche de verano mientras que, amparados por las sombras, nos recuperábamos de la canícula del caluroso día agosteano que habíamos soportado; aunque dudo que él se acuerde de ello. Estábamos en la casa que posee al lado del mar, y mientras mirábamos las estrellas después de haber acabado con una botella de ron cubano *Havana Club* entre los dos, en un mano a mano no habitual, y tal vez llevado por el embrujo del alcohol, ya de madrugada me confesó su secreto: ella le había enamorado allí, en el mismo porche donde estábamos sentados. No me contó desde cuándo llevaban siendo amantes; aunque pude intuir que no debía ser mucho el tiempo de su historia amorosa por la pasión que todavía le despertaba su solo recuerdo. La casualidad o la fortuna, él no sabía a cuál de las dos

diosas debía su suerte, habían hecho que un amigo común se la presentara un día de primavera. Ella le confesó la admiración que sentía por su pintura, y eso fue suficiente para que él la invitara a visitar el pequeño estudio que tenía en la casa veraniega. Días más tarde, ella se convirtió en su modelo y él en su amante. Entre los efluvios del alcohol me dijo que fue tanta y tan instantánea la atracción que sintió, que nada más verla la imaginó plasmada sobre un lienzo con toda su belleza; proyecto artístico que aún no había terminado de convertir en realidad, pero que pensaba hacer cuando tuviera los mejores momentos de inspiración. Mientras contemplábamos la botella de ron vacía y nos pensábamos si comenzar otra o dejarlo para el día siguiente, me reveló, casi con la misma inocencia con la que habla un niño a su madre, cómo llegó a amarla hasta extremos que él nunca antes hubiera imaginado, y cómo no podía dejar de pensar en ella, siendo la única mujer que se había cruzado en su vida a la que había sido capaz de amar más que a la propia pintura.

El segundo invitado a la especial y singular reunión que yo había convocado era Ricardo Verdaguer. Desde su juventud se había dedicado a escribir, y se había convertido en un escritor de culto entre determinado sector del mundillo literario. Sus obras iban y venían de un club de lectura a otro como objetos de deseo, y no existía ningún taller de escritura creativa que no tuviese como referencia preferente alguna de sus novelas.

Toda su obra narrativa tenía un cierto carácter psicológico imaginativo y estaba ambientada en escenarios urbanos; siempre con un punto innovador en los planteamientos y en la estructura de las historias, y rompedor con las encorsetadas normas clásicas. Literariamente se inclinaba por la despreocupación formal en la escritura, por las técnicas elípticas, por un montaje de las escenas tipo *collage*, y por la utilización de referencias populares, sin buscar elementos exóticos propios de la mitología contemporánea.

En lo personal era el prototípico intelectual liberal, empedernido noctámbulo, con gusto por las sombras de la noche más que por la claridad del día. Se declaraba sentimentalmente liberado en cuestión de amores; porque, según decía, su gran y único amor era la literatura, y ese sentimiento no podía compartirlo con nadie más, pues eso le llevaría a sentir que estaba traicionando a lo que más quería. Pero a pesar de esa firme declaración de voluntaria independencia amorística, Verdaguer también cayó entre las atractivas redes de la modelo, y mantenía una íntima y secreta relación con ella, desconocida, incluso, por sus más directos amigos de farra y de letras. Nunca he llegado a saber cómo la conoció, ni cuáles fueron las circunstancias que le llevaron a enredarse en ese romance tan contrario a sus firmes convicciones en materia de amores; aunque, tal vez, es muy posible que la sensual figura de la modelo le hubiera llevado a dejarse vencer, arrastrado en un principio por una ilusoria

posibilidad, cierta o incierta, de disfrutar de una sexualidad desbocada junto a ese atractivo cuerpo de piel tersa y sabor a mar que ella mostraba.

De esta historia amorosa me enteré, por puro azar, tiempo después de la confesión que me hizo J.M. Uribe aquella noche de verano, después de haber dejado vacía una botella de ron cubano escuchando las olas de la playa. Había pasado ya un nuevo otoño y un nuevo invierno cuando me llegó una invitación para asistir a la exposición pictórica de mi buen amigo Uribe. Yo, por aquel entonces, no había tenido la oportunidad de conocer a Ricardo Verdaguer. Ni siquiera habíamos coincidido en ningún acto social, ni tampoco religioso o político; o si llegamos a coincidir nunca fuimos presentados ni llegamos a saludarnos por razones de cortesía, al menos que yo recordara. Nada de él me era conocido; salvo, claro está, su tan renombrada y reputada profesión de escritor. Y me atrevería a asegurar que, de igual modo, él tampoco sabía nada de mí ni de mi existencia, ya fuera personal o profesional. Por eso me llegó a parecer insólita la coincidencia en el tiempo y lugar por la que llegué a enterarme de sus andanzas amorosas, también, con la modelo.

Llegué para ver la exposición a primera hora de la tarde. Ya dentro de la galería de arte el destino hizo que los dos, Verdaguer y yo, nos detuviéramos, por pura casualidad, delante del mismo cuadro: una espléndida obra que reflejaba el cuerpo de una mujer visto de espaldas. Entre las pinceladas

se podía entrever la fuerza que al pintor le inspiraba aquel cuerpo desnudo: la piel se apreciaba tan suave que llevaba a desear tocar el lienzo con la esperanza de sentirla; y una sensualidad casi indescriptible se desprendía de sus glúteos carnosos, tan perfectamente dibujados que a pesar del arte que contenían llevaban a elevar el apetito sexual de quien los contemplase. A mí no me resultó extraña tanta sensualidad unida a la perfección salida del pincel, pues al momento vi en ello la intensa relación amorosa que el pintor mantenía con la modelo, y que, sin duda, le llevaba a expresar los sentimientos más elevados entre cada uno de los trazos que componían la obra. Y aunque yo no la había visto nunca, intuí que la modelo del cuadro y la amante del pintor eran la misma persona.

Pero lo que yo no conocía, entonces, era la existencia de una pequeña marca oscura, con forma de media luna, que la modelo tenía justo donde acababa el lado derecho de su nalga, y casi perdido en su interior más íntimo; y que, mirando con detenimiento, se podía apreciar en el cuadro. A cualquier persona que no hubiese visto antes el cuerpo de aquella mujer, ese detalle le podía pasar inadvertido; o, incluso, de haberse percatado de su existencia, hubiera podido pensar que la pequeña mancha que allí existía podría ser una pincelada errónea del maestro. Insisto, sólo era una marca de pequeño tamaño y con forma de media luna que se podía percibir más morena que el resto de la piel que la rodeaba, y fue por esa

señal por lo que descubrí la relación entre la modelo y el escritor, pues al insinuar, con un simple comentario dirigido a mi momentáneo acompañante, que a mi entender la mancha era un error del pintor en la ejecución del cuadro, él simplemente dijo: «¡No! ¡Es así, créame! Más que un defecto de la obra, ese pequeño detalle demuestra hasta qué punto es perfecta».

De manera automática, pensé que sólo una persona que conociera a la mujer del cuadro en sus más íntimos pliegues podía apreciar tan escondido y disimulado tatuaje natural.

No me hizo falta indagar mucho para descubrir el amor de amante oculto que Ricardo Verdaguer sentía por ella. Mientras íbamos recorriendo, viendo y disfrutando del resto de la exposición, él, como el joven que quiere contar su primer amor, me fue relatando, no ya sus intimidades con ella, lo cual me hubiera llevado a considerarlo persona de poco honor, sino algunas otras anécdotas que me sirvieron para ser consciente de la historia de amor profundo que aquel personaje que me acompañaba, aún para mí desconocido, estaba viviendo.

La verdad es que me sorprendí cuando fui, unos minutos después, a felicitar al autor por las fantásticas obras expuestas, y vi allí a mi anónimo acompañante hablando amigablemente con Uribe. Yo desconocía la amistad que les unía a los dos. Me lo presentó, y mientras manteníamos una larga charla, que fue el inicio de mi amistad con

Ricardo Verdaguer, me di cuenta de que la misma mujer les tenía obnubilados y al tiempo ciegos, pues ninguno era conocedor del secreto mutuo que compartían. Y, claro está, yo no quise ser quien pusiera la verdad sobre el tapete de sus vidas.

A Arturo Cebrián le conocía desde hacía tiempo, pues teníamos profesión y aficiones comunes, y en más de una ocasión nuestro trabajo nos había llevado a compartir exposiciones y secretos profesionales. Pero a pesar de nuestros múltiples y a veces cotidianos encuentros, no sabía de la relación, también amorosa, que mantenía con ella. Sí, la misma mujer que tenía embelesado a Uribe y por la que bebía los vientos el bueno de Verdaguer.

No fue fácil enterarme de ese apasionado amor que Arturo mantenía con tanto secreto. Si no hubiera sido por una indiscreta nota que encontré en el suelo del café donde habitualmente manteníamos nuestras tertulias, si no hubiese sido porque recogí el papel, cuidadosamente doblado, pensando que podía ser de interés para quien lo hubiera perdido, nunca me habría enterado de la íntima amistad entre Cebrián y la modelo. Lo desdoblé para leerlo —no por indiscreción, sino para intentar averiguar a quién podía pertenecer—, y por las primeras palabras que leí supe al instante que era de mi amigo y compañero de profesión. Y aquí he de confesar que la curiosidad pudo más que mi reputada discreción, y una vez que comencé a leer no tuve la fuerza